EPILOGO.

Chactas, hijo de Utalisi el natche, narró esta historia el europeo René. Los padres la han contado á sus hijos, y yo viajero en lejanas regiones, he referido fielmente lo que me han contado los indios. En esta narracion he visto el cuadro del pueblo cazador y del pueblo labrador; la Religion, primera legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, tan opuestos á las luces, á la caridad y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y la virtud en un corazon sencillo; y por último, el triunfo del Cristianismo sobre el sentimiento mas vehemente, y el temor mas terrible: el amor y la muerte.

Cuando un siminol me refirió esta historia, me pareció muy instructiva y hermosa, porque colocó en ella la flor del desierto, los encantos de la cabaña, y una sencillez en la expresion del dolor, que no me lisonjeo haber conservado. Restábame averiguar un hecho. Pregunté cuál habia sido el paradero del padre Aubry, mas como nadie acertó á decírmelo, hubiéralo quizá ignorado eternamente si la Providencia, que dirige todo, no me hubiese descubierto lo que deseaba saber. Hé aquí por qué medios:

Habia recorrido las orillas del Meschacebé, que formaban en otro tiempo el límite meridional de la Nueva-Francia, y anhelaba ver al Norte la otra maravilla de este territorio: la catarata del Niagara, á cuyas inmediaciones habia llegado en el antiguo país de los Iroqueses, cuando al atravesar una mañana una llanura, vi á una mujer sentada debajo de un árbol, teniendo un niño muerto en sus rodillas. Acerquéme lentamente á la jóven madre, y le oí decir estas palabras:

«Si te hubieras quedado entre nosotros, mi queri»do hijo, ¡con cuánta gracia hubiera tu mano mane»jado el arco! Tu brazo hubiera domado al oso enfu»recido, en la cumbre de la montaña, y tus pasos »hubieran desafiado al corzo en su carrera. Blanco ar»miño del peñasco, ¿por qué te marchaste tan jóven »al país de las almas? ¿Qué harás para resucitar? Tu »padre no está aquí para alimentarte con la caza; ten»drás frio, y ningun espítu te dará pieles para abri»garte. ¡Oh! Es preciso que me apresure á reunirme »á ti, para cantarte canciones y presentarte mi »seno.»

Y la jóven madre cantaba con voz trémula, mecia al niño sobre sus rodillas, humedecia sus labios con la leche maternal, y prodigaba á la muerte todos los desvelos que se conceden á la vida.

Aquella mujer intentaba hacer secar el cadáver de su hijo en las ramas de un árbol, segun la costumbre india, para llevarlo luego al sepulcro de sus padres. Al efecto, desnudó al recien nacido, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo: «Alma de mi hijo, alma encantadora; tu padre te creó en otro tiempo en mis labios con un beso; ¡ay! los mios no tienen el poder de darte un segundo nacimiento.» Esto dicho, descubrió su seno y abrazó los helados despojos del niño, que sin duda se hubieran reanimado al calor del corazon maternal, si Dios no se hubiese reservado el soplo que infunde la vida.

Levantóse, y buscó con la vista un árbol en cuyas ramas pudiese colocar al difunto niño. Al fin, escogió un arce, de flores encarnadas, festonado con guirnaldas de apios, y que esparcia los mas suaves perfumes. Bajó con una mano las ramas inferiores, y con la otra colocó el niño; y soltando la rama, esta recobró su posicion natural, llevando los despojos de la inocencia ocultos en su embalsamado follaje. ¡Oh! ¡Cuán tierna es esta costumbre india! Yo os he visto en vuestros devastados campos, fastuosos monumentos de los Crasos y los Césares; pero prefiero á vosotros esos sepulcros aéreos de los salvajes, esos mausoleos de flores y de verdor, perfumados por la abeja, mecidos por el céfiro, y en los que el ruiseñor construye su nido y hace oir sus quejumbrosas melodías. Si la mano de un amante ha colocado los restos de una doncella en el árbol de la muerte; si una madre ha depositado los despojos de un hijo querido en la morada de los pajarillos, el encanto se acrecienta. Acerquéme á aquella mujer que lloraba al pié del arce, é imponiéndole las manos en la cabeza, exhalé los tres gritos de dolor. Luego, sin hablarle, y tomando como ella un ramo, ahuyenté los insectos que zumbaban en torno del niño, evitando asustar á una paloma vecina, á la cual decia la india: «¡Paloma! Si no eres el alma »de mi hijo, que ha emprendido su vuelo, eres sin »duda una madre que busca alguna cosa para hacer »un nido. Toma estos cabellos, que ya no lavaré en »agua de raiz de china; tómalos para acostar á tus »pequeñuelos, y ¡ojalá te los conserve el Gran Espí»ritu!»

No obstante, la pobre madre lloraba de alegría viendo las atenciones del extranjero. Mientras hacíamos esto, se acercó un jóven y le dijo: «Hija de Celuta, »retira á nuestro hijo, pues nos es forzoso partir al »brillar el primer sol.» Yo dije entonces: «Hermano, »te deseo un cielo azul, muchos corzos, un manto »de castor, y la esperanza. ¿No eres de este desier»to?—No, repuso el jóven; somos unos desterrados, »que vamos en busca de una patria.» Así hablando, el guerrero inclinó la cabeza sobre el pecho, y cortaba, como distraido, las corolas de las flores con la extremidad de su arco. Conocí que se ocultaban muchas lágrimas en el fondo de aquella historia, y enmudecí. La mujer tomó su hijo de las ramas del arce, y lo entregó á su esposo. Entonces dije: «¿Quereis permi»tirme que encienda vuestra hoguera esta noche?—No »tenemos cabaña, replicó el guerrero con sordo acento; »si quereis seguirnos, acamparemos al borde de la »catarata.—Soy gustoso, repuse;» y partimos juntos.

Poco tardamos en llegar al borde de la catarata, que se anunciaba en sus espantosos mugidos: está formada por el rio Niagara, que sale del lago Erié y desemboca en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro piés. Como desde el lago Erié hasta el salto, corre el Niagara por una rápida pendiente, en el momento de la caida es menos un rio que un mar, cuyos tronadores torrentes se empujan y chocan á la entreabierta boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, y se encorva á manera de herradura. Entre estos brazos se adelanta una isla, que socavada por sus cimientos, parece suspendida, con todos sus árboles sobre el caos de las ondas. La masa de rio que se precipita hácia el Mediodia, se redondea á manera de un inmenso cilindro, y desplegándose luego como una cortina de nieve, resplandece al sol con todos los colores, mientras la que se despeña hácia Oriente, baja en medio de una sombra espantosa, á semejanza de una columna del diluvio. Mil arcos iris se encorvan y cruzan sobre el pavoroso abismo. Las aguas, al azotar los estremecidos peñascos, saltan en espesos torbellinos de espuma, que se levantan sobre los bosques cual los remolinos de humo de un vasto incendio. Los pinos, los nogales silvestres y las rocas cortadas á manera de fantasmas, decoran aquella escena sorprendente; las águilas, arrastradas por la corriente de aire, bajan revoloteando al fondo del antro, y los carcajús se suspenden por sus flexibles colas de la extremidad de una rama, para coger en el abismo los mutilados cadáveres de los alces y osos.

Mientras contemplaba aquel soberbio espectáculo con un placer mezclado de terror, la india y su esposo se alejaron de mí. Busquéles, subiendo el rio, antes de despeñarse, y les hallé á poco en un lugar adecuado á su quebranto. Estaban tendidos sobre la yerba, en compañía de unos ancianos á cuyo lado vi unas osamentas humanas envueltas en pieles de fieras. Atónito ante lo que veia hacia ya algunas horas, sentéme cerca de la jóven madre y le dije: «¿Qué significa »todo esto, hermana mia?» La india me respondió: «Hermano mio, esta es la tierra de la patria, y estas »son las cenizas de nuestros antepasados que nos siguen »á nuestro destierro.—¿Y cómo habeis sido reducidos, »repliqué, á tanto infortunio?» La hija de Celuta respondió: «Somos los restos de los natchez, porque, »despues de la matanza que los franceses hicieron en »nuestra nacion, para vengar á sus hermanos, los que »de los nuestros lograron sustraerse á la saña del vence»dor, hallaron hospitalidad en los Chikasas, nuestros »vecinos. Entre ellos hemos permanecido tranquilos »largo tiempo; pero há siete lunas que los blancos de la »Virginia se han apoderado de nuestras tierras, diciendo «que les han sido otorgadas por un rey de Europa. He»mos levantado los ojos al cielo, y cargando con los res»tos de nuestros mayores, hemos emprendido nuestro »camino á través del desierto. Yo he parido durante »la marcha; y como mi leche era mala, á causa del »dolor, ha causado la muerte á mi hijo.» Esto dicho, la jóven madre enjugó sus ojos con sus cabellos, y yo lloré tambien.

Poco despues le dije: «Hermana mia, adoremos al »Gran Espíritu, pues todo acontece por disposicion »suya. Todos somos viajeros, y nuestros padres lo han »sido asimismo, pero hay un lugar en donde descan»saremos. Si no temiese tener la lengua tan fácil co»mo la de un blanco, te preguntaria si habias oido »hablar de Chacas, el natche.» Al oir estas palabras, la india me miró y me dijo: «¿Quién te ha hablado »de Chactas, el natche?—La sabiduría, le repliqué.» »La india prosiguió: Voy á decirte lo que sé, porque »has auyentado las moscas del cuerpo de mi hijo, y por»que acabas de decir hermosas palabras acerca del Gran »Espíritu. Yo soy la hija de la hija de René, el euro»peo adoptado por Chactas. Este, que habia recibido el »bautismo, y mi desgraciado abuelo René perecieron »en la matanza.—El hombre camina incesantemente de »dolor en dolor, respondí inclinándome. ¿Y podrias dar»me tambien nuevas del padre Aubry?—No fue mas »dichoso que Chactas, dijo la india, pues los queroque»ses, enemigos de los franceses, penetraron en su Mi»sion, atraidos por la campana que llamaba en auxilio »de los viajeros. El padre Aubry hubiera podido sal»varse, pero no quiso abandonar sus hijos, y perma»neció entre ellos para animarles á la muerte con su »ejemplo. Fue pues quemado en medio de terribles »tormentos, sin que se pudiese arrancarle un solo »grito ofensivo á su Dios ó á su patria, pues durante »el suplicio no cesó de orar por sus verdugos, y de »compadecerse de las víctimas. Deseando arrancarle »una muestra de debilidad, los queroqueses trajeron »á sus piés un salvaje cristiano, á quien habian mu»tilado horriblemente. Pero su sorpresa fue grande, »cuando vieron que aquel jóven se arrodillaba y be»saba las heridas del anciano ermitaño, que le grita»ba: ¡Hijo mio! hemos sido ofrecidos en espectáculo »á los ángeles y á los hombres. Furiosos los indios, le »introdujeron un hierro hecho ascua en la garganta »para evitar que hablase; y no pudiendo consolar mas »á los hombres, espiró.

»Dícese que los queroqueses, aunque tan acostum»brados á ver sufrir con constancia á los salvajes, no »pudieron dejar de confesar que en el humilde valor »del padre Aubry habia algo que les era desconocido, »y que sobrepujaba todo el arrojo de la tierra. Asom»brados muchos de ellos de tal muerte, se hicieron »cristianos.

»Algunos años despues, Chactas, á su regreso del »país de los blancos, noticioso de las desgracias del »gefe de la oracion, partió en busca de sus cenizas »y de las de Atala. Llegó al lugar de la Mision, pero »apenas pudo reconocerlo, porque el lago se habia »desbordado, la sábana se habia trocado en un panta»no, y el puente natural, al venir á tierra, habia se»pultado debajo de sus escombros el sepulcro de Atala »y los Bosquecillos de la muerte. Chactas vagó mu»cho tiempo por aquel lugar; visitó la gruta del »solitario, que halló obstruida por las malezas y los »frambuesos, y en la cual una cierva alimentaba su »cervatillo. Sentóse en el peñasco de la Vigilia de la »muerte, en el que solo vió algunas plumas desprendidas de las alas de las aves de paso. Mientras se en»tregaba al llanto, la serpiente doméstica del misione»ro salió de los vecinos matorrales, y fue á enroscarse »á sus piés. Chactas abrigó en su seno aquel fiel »amigo, único morador de las ruinas, y contó que »muchas veces, á la proximidad de la noche, habia »creido ver levantarse en los vapores del crepúsculo »las sombras de Atala y del padre Aubry: visiones »que le llenaban de un religioso terror y de una me»lancólica alegría.

»Despues de haber buscado en vano el sepulcro de »su hermana y el del solitario, se disponia á abando»nar aquellos lugares, cuando la cierva de la gruta se »puso á dar saltos delante de él, y se detuvo al pié de »la cruz de la Mision, rodeada á la sazon de agua has»ta la mitad; su madera estaba destruida por el mus»go, y el pelicano del desierto se complacia en posarse »sobre sus carcomidos brazos. Chactas creyó que la »cierva reconocida le habia conducido al sepulcro de »su antiguo huésped, y escavando los cimientos del »peñasco que en otro tiempo servia de altar, encontró